

Autor: Gutiérrez Baró, Elsa

Título: Las muchachas que aprendieron a soñar.

Fuente: Granma. 24/08/06 pág.: 8

A mediados de 1960, o quizás antes, Fidel ya tenía concebido un proyecto que entregó a Vilma Espín y a la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). El plan consistía en traer a La Habana a muchachas campesinas de las zonas más apartadas del país para que aprendieran corte y costura y adquirieran conocimientos de cultura general. La idea era prepararlas en seis meses y que retornaran a sus lugares de origen acompañadas de una máquina de coser, la cual se les entregaría gratuitamente al final del curso para que cada una enseñara a otras diez muchachas lo que habían aprendido en La Habana. Era una forma de multiplicar conocimientos y de propiciar a cada alumna una posibilidad de contribuir a la economía familiar. Había una razón más poderosa: brindar a esas adolescentes la oportunidad de recibir algo de lo mucho que históricamente se le había negado a la mujer del campo. Era una forma de reivindicar y de pagar esa deuda social.

Las muchachas serían seleccionadas por las nacientes cooperativas agrícolas en coordinación con la FMC, que recién iniciaba sus tareas y donde se integraban las cubanas deseosas de participar en los cambios sociales que ya se avizoraban. Los únicos requisitos eran la edad -debían tener entre 14 y 17 años- y que supieran leer y escribir para que aprovecharan con más facilidad los conocimientos que se impartirían.

La realidad fue otra: algunas tenían menos edad que la requerida y unas cuantas eran analfabetas. Pero ninguna fue rechazada. ¿Quién tendría corazón para hacerlo?

En el hermoso Hotel Nacional se instaló la primera escuela. La FMC acordó llamarle Ana Betancourt, en homenaje a la extraordinaria mujer que defendió los derechos de las cubanas en el siglo XIX durante las luchas independentistas.

En enero de 1961, Fidel firmó el acta de constitución de la escuela en el segundo piso del Hotel Nacional. Quien escribe estas líneas tuvo el honor y asumió el reto de ser la primera directora.

TODO ERA NUEVO Y SORPRENDENTE

"¿Qué pueblo es ese que tiene las estrellas tan bajitas?" Esa expresión fue dicha por una de las alumnas seleccionadas cuando el ómnibus se deslizaba desde la montaña hacia el llano. La muchacha no conocía la luz eléctrica; otras nunca habían visto el mar ni las playas. Todas vivían en zonas intrincadas de la Sierra Maestra, otros sitios de las montañas orientales, el Escambray y la Ciénaga de Zapata.

Todo era nuevo y sorprendente. La llegada y el alojamiento en el hotel resultaron momentos emocionantes, aunque también hubo su poco de miedo. Algunas habían sido alertadas por familiares allegados de que no debían separarse, porque en La Habana había hombres malos. Por eso venían con sus brazos enlazados y querían dormir juntas.

Traían olor a monte y una increíble capacidad de asombro. A cada paso descubrían algo nuevo: el elevador, el agua que corría por las llaves, el cine. Esto provocaba que quisieran subir y bajar por los elevadores, descolgar los teléfonos para oír a "esos cangrejos que hablan" originando interrupciones en las pizarras telefónicas del hotel. Y hasta hubo quienes no querían utilizar el servicio sanitario "para no ensuciar esos adornos tan bonitos".

Durante los primeros días se negaban a tomar el jugo con la leche en el desayuno, temían unir esos alimentos. La dieta no debía contener limón ni frutos ácidos, pues "cortaban la sangre". Esto fue desapareciendo poco a poco y llegó el día en que comenzaron a reclamar las frutas que no estaban en la mesa.

El conocimiento sobre sexualidad era muy precario. Precario era todo menos los prejuicios que sí eran muchos. Una alumna me confesó que en su casa las mujeres utilizaban estiércol seco de vaca como absorbente cuando estaban menstruando.

Los primeros dos o tres meses resultaron difíciles. ¿Cómo superar tantas ideas atávicas, avanzar y cumplir aquel ambicioso programa que teníamos por delante? Sin embargo, las alumnas estaban muy motivadas por aprender y la adaptación a la escuela se consiguió más pronto de lo que imaginábamos. Entre quienes contribuyeron al logro de la escuela, debe destacarse el aporte del Ministerio de Salud Pública y personalmente de Machado Ventura: se atendió su nutrición, los problemas estomatológicos y de parasitismo intestinal.

#### LAS VISITAS DE FIDEL

Fidel frecuentó la escuela. Al principio, llegaba en pleno día, y esto interrumpía las clases, porque nadie podía detener a las muchachas en las aulas mientras el Comandante en Jefe permanecía en el hotel. Después lo hizo fuera del horario escolar y también salían a su encuentro. Nunca supe quién les avisaba. Le decían papá Fidel.

Nos conmovieron los días de Girón. El Comandante nos envió un mensaje antes de partir hacia Matanzas: "La escuela debe continuar. No suspendan las clases porque esto se va a resolver en horas, y de cerrarse la escuela, se atrasarían los planes y la terminación del curso".

Así se hizo. El final de la agresión, con el triunfo de la Revolución, nos tranquilizó a todas. No obstante, por la ubicación del hotel y los ataques de la contrarrevolución, que mentía sobre la escuela diciendo que íbamos a despojar a sus padres de la patria potestad y que destinaríamos a las jóvenes a los cuarteles como mozas de cuadra, a mí me preocupaba la seguridad del centro. Fidel me preguntó si queríamos un cañón. Le dije que sí, pero pensé que era una broma. Al día siguiente, bien tempranito, me comunicaron que había llegado una dotación de artilleros para protegernos.

#### EL SUEÑO DE SUS VIDAS

El primero de mayo asistimos al desfile en la Plaza de la Revolución; fue un suceso inolvidable, prelude de lo que sería el Día de las Madres. El segundo domingo de mayo, todas las madres acudieron al encuentro de sus hijas. Esto se produjo en la Ciudad Deportiva. Las hijas en el centro y las madres sentadas en las gradas para que todas se vieran y se reencontraran. Surgió algo inesperado: hubo madres que no reconocieron a primera vista a sus hijas; tanto habían cambiado sus cuerpos, sus rostros y su indumentaria.

Se acercaba el final. La escuela era taller, local de ensayo, centro para la adquisición de telas, zapatos y todos los requerimientos para la clausura del curso, el cual aconteció en la propia Ciudad Deportiva el 31 de julio de 1961, a las nueve de la noche.

¡Qué diferentes lucían mis muchachas! En sus mentes, nuevas ideas, aspiraciones, metas. Fidel y Vilma aplaudían a más no poder. "¿Qué has aprendido en esta escuela?", pregunté a una de las Anas. Me

respondió así: "En esta escuela aprendí a comer, aprendí a menstruar, aprendí a coser y aprendí a soñar".